



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9414

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 16 DE MARZO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobre.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingratadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor. Bombas.—Vías férreas. Wagones.—Tubertas.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sofas, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustras, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camales.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

MAQUINAS DE COSER

A MANO Y PIE, de las acreditadas fábricas de Seldel de Dresde y G. M. Pfaff Kalkbrenner, garantizadas.

PRECIOS SIN COMPETENCIA RELOJERIA ALEMANA DE

TEODORO KETTERER, MAYOR 24.

ECOS DE MADRID

16 de Marzo de 1893

La epidemia se propaga, y sin llevarse chasco pueden los lectores al recibir alguno de los periódicos bien informados pensar mientras recorren sus columnas:

—¡Vamos á ver el nuevo crimen!

Por supuesto que en este caso se alude á los que revisten circunstancias más dramáticas; porque los que refieren los periódicos sin el aparato que su argumento requiere apenas llaman la atención.

Que se suicida un pobre diablo! Bah! Eso es cosa corriente.

¡Que riñen dos mujeres y se muerden! ¡Que andan á puñaladas unos cuantos morenos! ¡Que ha sido desbalijada una casa! ¡Que un Ripper ó un tranvía ha atropellado á un transeunto?

¡Quién se para en esas menudencias?

Los mismos periódicos apenas dan importancia á estos sucesos de menor cuantía y la prueba es que los relatan de un tirón en breves líneas, sin títulos en letra grande.

Es muy posible que con este motivo disminuyan ó cegen los suicidios, las puñaladas, las riñas femeniles, los atracos y los atropellos. Si los periódicos no han de dedicar más que cinco ó seis líneas á referir estos pormenores, no vale de ser

actor en semejantes escenas. Lo que anima, lo que seduce, lo que fascina es la notoriedad que se alcanza.

El nombre obscuro adquiere popularidad, el pobre diablo desconocido inspira vivo interés; su biografía será saboreada en los salones, en los cafés, en las plazuelas y hasta en el salón de conferencias del Congreso.

Que al fin y al cabo el criminal se hace justicia ó los tribunales le condenan.

Sus cuatro ó cinco días de apoyo nadie se los quita y luego su nombre y sus hechos pasan á enriquecer la leyenda.

Ello es que el número de los criminales célebres aumenta y que sus fechorías y los escándalos mayúsculos, y los robos ingeniosos son la lectura favorita en el presente momento histórico.

La última semana ha sido fecunda. Un robo de alhajas, ostilo Luis Candela; un doméstico que dispara el revólver contra su amo, contra su amada y contra sí mismo; una dama joven, bella, elegante y un caballero que en pleno paseo de Recoletos se dan de bofetones. ¿Qué más pueden pedir los aficionados?

Mentira parece que el joyero que ha sido víctima, haya recaído en el lazo por cierto bastante burdo que le tendió la Sra. de Silva.

En la primera mitad del siglo actual se robaba con más arte.

Otra señora de libras, más ingeniosa que la que anda buscando la justicia, se apoderó de gran número de joyas de un modo mucho más original.

En primer lugar fue á ver al célebre médico Sr. Argumosa y le dijo:

—Ha de saber usted que tengo un hijo que padece una monomanía y deseo que V. le examine y le cure cueste lo que cueste porque á Dios gracias soy rica. Mi hijo, cuyo aspecto no revela el triste estado de su cabeza, se obstina en figurarse que es dependiente de una joyería y, ya lo verá V. cuando venga, al poco rato le pedirá á V. el importe de unas alhajas, y se pondrá furioso y exclamará que le han robado. Yo le dejaré á solas con V. y luego volveré para que me indique V. el tratamiento á que deberá someterse.

De acuerdo el doctor y la aflijida madre, esta última se fue á la joyería, escogió gran número de joyas y pidió al dueño que uno de sus dependientes fuese con ella á su casa, en donde su marido pagaría la factura.

Como iba lujosamente vestida y manifestó que era la señora del célebre médico, el dueño de la joyería hizo un paquete con las alhajas extendió la factura y la dama y el joven se encaminaron al domicilio del doctor.

—Deme V. el paquetito, dijo al dependiente, y pase V. conmigo á la habitación de mi esposo. Ya sabe el objeto de su venida y se la pagará á V.

Los dos entraron en el gabinete del médico:

—Aquí está el joven, dijo la señora. Nada tengo que añadir á lo que ya he indicado.

Fácilmente se comprende la escena que pasó mientras la dama se alejaba con las joyas.

El atentado cometido por el doméstico ha causado gran sensación; porque si dan los ayudas de cámara, lacayos ó mozos de comedor en enamorarse de las doncellas y en disparar el revólver contra sus amadas al verse desdeñados ó contra sus amas por oponerse á sus relaciones amorosas, el servicio que tanto deja que desear, va á ser un constante peligro.

La idea que ha lanzado una señora inglesa que es objeto de muchos comentarios en Inglaterra y de serio estudio en todas partes, va á tener que ser traducida al español.

Pretende la señora á quien aludo, que los servicios domésticos se hagan por servidores que no habitan en las casas y que formen un gremio ó sociedad con todo género de garantías.

Así como cuando hacen falta reparaciones acuden albañiles ó carpinteros, deben existir empresas que proporcionen doncellas para asear las habitaciones. Llegan, barren, limpian y se van á otra parte á hacer lo mismo.

También quiere suprimir las cocineras, por medio de *restaurants* que sirvan á domicilio lo que se les pida.

El progresito es bueno pero de difícil realización.

Lo mejor es tomar domésticos de temperamento linfático.

A pesar del positivismo, el pícaro Amor sigue haciendo de las suyas; porque los bofetones que se dieron ayer en Recoletos la dama y el galán fueron también amor, aunque impretérito.

JULIO NOMBELA.

COLABORACION INEDITA.

LA TENTACIÓN

I

Concluida la cena frugal, el señor cura leó con lentitud fatigosa el breviario. La imaginación se escapa á veces de la voluntad que la sugeta y obliga á seguir la lectura de las sagradas oraciones; el infeliz padre de almas deja vagar su mirada distraída, y piensa en su vida monótona siempre igual, siempre triste...



A menudo entra el criado, mitad fámulo, mitad sacristán; recoge los manuales que aún están sobre la mesa, guarda en la no muy provista despensa el pedazo sobrante de pan, el resto de la fruta picada de los pájaros que sirvió de postre; ó atiza el manejo de sarmientos que arden en la campanada chimenea, quejándose y crugiendo al sentir la caricia de la llama que los envuelve...

Por la memoria del infeliz cura de aldea van pasando, atropellándose unos á otros los recuerdos. La imaginación le reproduce con todos sus detalles el día

felicitísimo, tanto tiempo anhelado, de la primera misa...

¡Oh, cuantos años pasados desde entonces! ¡cuantos sin sabores experimentados! ¡cuantas lágrimas vertidas!

A los pocos meses de aquel suceso memorable, perdió al autor de sus días; la madre adorada le siguió á la tumba dos años más tarde; poco á poco fueron extinguiéndose las vidas, los seres amados, y él se fue quedando solo rodeado de la indiferencia general, del desvío de todos, que lo soportaban como una carga más; como al farmacéutico ó al veterinario...

Los feligreses respetábanle: él era el representante de algo que ellos no comprendían bien: el depositario de muchos secretos confiados en el confesionario; y era además hombre de cultura superior á la de la generalidad de sus fieles... A pesar de tales condiciones el Sr. Cura no se había conquistado el afecto de aquellos campesinos recelosos y desconfiados. El anterior párroco si que era todo un hombre... Tenía más fuerza que ninguno de los mozos del pueblo; no se desdeñaba de jugar con ellos á la barra y en el púlpito tenía un pico de oro. Las comadres lloran bien siempre que el anterior señor cura subía á la sagrada cátedra y hasta los hombres se impresionaban á



veces oyéndole hablar con voz tonante de los horrores del infierno.

El trataba con afabilidad á todo el mundo pero convencido de que nadie le entendía predicaba frío y hasta solía hacer citas en latín...

No se enteraba nadie y á veces los señores del concejo solían quedarse dormidos al arrullo de la plática parroquial...

II

Por la imaginación del pobre cura pasa el recuerdo de la felicidad buida, de la juventud pasada estéril para el amor... el recuerdo de las tristezas, monótonas, vagan amontonadas sobre su corazón durante tantos años. En su ánimo reverdecen antiguas amarguras, las hondas y abrumadoras tristezas de su vida de célibe, huérfano de afectos, las nostalgias de algo íntimo, de algo consolador, de algo amorosamente suave, anhelado, callada y desesperadamente por su alma... y los recuerdos hacen subir á los ojos hilas de lágrimas que ruedan por las mejillas pálidas y caen silenciosamente sobre las hojas del libro de oraciones. Una persona, una sola ha sabido adivinar—el triste poema de su vida y ha sabido delicadamente sin proferir una sola palabra, llevar con sus miradas impregnadas de compasión algún alivio á las penas del infeliz clérigo.

Abandonada, como él, en medio de la indiferencia de todos; esposa de un hombre vulgar indigno de poseer aquel espíritu lleno de todas las ternuras y de todas las delicadezas de que es susceptible la mujer Jacinta consumíase en la monotonía placida insipida de su vida y vislumbraba por analogía de tristezas, por simpatía de sus dolores á los agenos, aquellos que iban lentamente, fibra á fibra atrofándose el corazón al Padre.

El puente que separa la simpatía y la piedad del amor, es tan breve que al co-

razón bastóle un instante para cruzarlo. De la conmiseración que los resignados dolores del cura le inspiraron, pasó Jacinta sin darse de ello cuenta á un afecto más hondo más vehemente, más avasallador.

El pudor; barrera que pudo en los comienzos de aquella pasión impedir que á ella se le escaparan por los ojos los impulsos de su alma tenaz y violentamente enamorada de la de él, fue pronto inútil, y en la manera de mirarle, de oprimirle la mano cuando lo saludaba, en el rubor que coloreaba sus mejillas



cuando le veía bien pronto y bien claramente dejde comprender la crisis de su corazón.

Los primeros presentimientos produjeron en el ánimo del hombre amado una vibración tremenda: llenóse de pavor ante aquel peligro grandísimo ofrecido á su conciencia, y el corazón anhelante de ternura le advirtió cuan imposible sería oponerse á aquella invasión tibia, perfumada y acariciadora...

Temió mucho; deseó haberse equivocado y esperó durante algún tiempo, furtivamente la pasión que la pobre muger no podía ni quería ocultar ya...

Se convenció pronto: y el convencimiento trajo á su alma mayores angustias y con las agustias un sentimiento nuevo, grato á su corazón: que se alegró con estuivos y aromas de primavera, y el pobre cura sintióse otro, nuevo, cambiado como si hubiera entrado el sol dentro de él.

Se dispuso á luchar valerosamente sujetando á aquel corazón que se pasaba al enemigo, que se rendía sin batirse; y pidió á Dios llorando de pavor, fuerzas que le ayudasen en aquella tremenda y descomunal batalla.

Iba saliendo de esta el infeliz cura, maltrecho, destrozado, herido, con el corazón hecho trizas.

Multiplicóse el amor de peadora ante el virtuoso sacrificio de aquel hombre y el espíritu de Jacinta, noble, puro, honrado y casto hasta entonces, fue perdiendo una á una sus hermosas cualidades, y la dama nacida para ser feliz y hacer feliz á un hombre, para crear un hogar tranquilo y dichoso, para ser madre idolatrada—¡aynygo—adorable y ángel de la guarda del amor de la familia, fue llevada en las alas abrasadoras del deseo hundiéndose su alma en el pecado y poniendo cerco cada vez más estrecho, á la castidad del mártir.

Huía el sacerdote cuanto podía las ocasiones de peligro; pero la enamorada aprovechábale todas con obstinación audaz, sólo comparable á la terca resignación de él; y en uno de los días en que más cansado sentía al cura su ánimo, echóse á sus pies en el confesionario...

Pudo el padre, por milagro divino, vencerse otra vez, resistir serenamente aquel enorme sacrificio; pero sintió su corazón sangrado y llegó á su humilde hogar, agotado, enfermo, con los ojos preñados de lágrimas.

De la noche de ese día, hablaba yo cuando comencé esta historia de amor y de penas.

El héroe de ella, sentado ante el hogar, en el cual chisporroteaba á int-